

monetaria, cuya autonomía debe permitirle imponer el objetivo de disminuir la inflación sobre cualquier otro objetivo económico, como pueden ser el desempleo, las tasas de interés, el tipo de cambio o el crecimiento económico. El argumento de que menores niveles de inflación están asociados a bancos centrales más independientes desempeña un papel principal.



En el capítulo sobre crecimiento y política social y sectorial, el artículo de N. Birdsall y R. Sabot, "La desigualdad como una restricción del crecimiento en América Latina", cobra vigencia en las actuales circunstancias que enfrenta el país. El planteamiento medular del artículo se dirige a mostrar las diferencias entre el caso asiático y latinoamericano. En el primero, el crecimiento acelerado estuvo acompañado de una disminución de la desigualdad, como fruto de reformas estructurales: reforma agraria, mejoramiento de la calidad de la educación y la productividad de las clases más pobres y una mayor participación de todos los miembros de la sociedad en los beneficios consecuentes de un mayor crecimiento. En el segundo, la represión de los movimientos insurgentes no permitió un compromiso con las mejoras en el bienestar de los habitantes. En el caso colombiano, no sucedió ni lo uno ni lo otro; se ha logrado convivir con un movimiento insurgente y contrainsurgente que ha traído consigo la muerte y la desolación a su paso. Una tasa de crecimiento moderada ha estado

acompañada de mayores desigualdades sociales, al igual que en casi todos los países de América Latina.

Es así como los trabajos de C. Posada y A. Gaviria, "El crecimiento económico y la distribución del ingreso. El caso colombiano posterior a 1950", al igual que los comentarios de J. Londoño, si bien muestran resultados positivos en la mejora de la distribución del ingreso desde 1950 y en particular un repunte significativo a partir de 1991, además de aumentos reales en el gasto social, las circunstancias de miseria y desigualdad que aun subsisten y que tienden a aumentar comenzando el siglo XXI, tienden a contradecir estos resultados y a favorecer reformas estructurales que busquen eliminar la desigualdad, a semejanza del caso asiático más que del modelo chileno.

Si bien el balance y los planteamientos del libro eran alentadores, en la medida en que daban soporte a las reformas estructurales llevadas a cabo por el gobierno de Gaviria, y que preveían la posibilidad de un crecimiento económico sostenido en la medida en que dentro de este nuevo marco institucional se acumularan factores productivos (capital físico y humano) y se hiciera una utilización eficiente de los mismos (V. Corbo, "Principales determinantes del crecimiento económico latinoamericano"), es claro que se descuidó el impacto, sobre las instituciones y sobre la sociedad en su conjunto, de problemas sociales como el narcotráfico y la violencia política (guerrilla, paramilitarismo) que habían logrado permear las distintas esferas de la sociedad y que desempeñaron un papel determinante en la crisis de gobernabilidad que acompañó al gobierno de Samper. En otras palabras, no fue suficiente tratar de poner la casa en orden, manteniendo un orden institucional política y socialmente excluyente sin reformas de fondo que buscaran una disminución real de las desigualdades sociales.

GUSTAVO JUNCA

Instructor asociado

Facultad de Ciencias Económicas,  
Universidad Nacional de Colombia

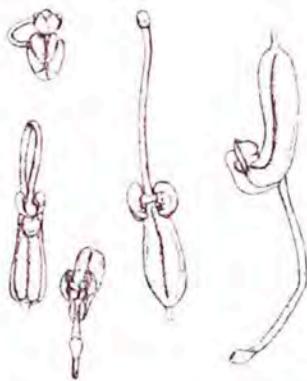
## Un buen intento

### Una reflexión sobre Colombia desde la educación

Juan Felipe Gaviria, Antanas Mockus,  
Héctor Abad, William Ospina  
Fondo Editorial Universidad Eafit,  
Medellín, 2000, 68 págs.

En el marco de la celebración de sus cuarenta años de labor académica, la Universidad Eafit realizó el panel "Una reflexión sobre Colombia desde la educación: Tensión de la memoria y placer del pensamiento", y este texto recoge, en 68 páginas, las conferencias dictadas por los participantes en dicho evento, realizado el 4 de mayo de 2000 en la ciudad de Medellín. La propuesta e inquietud que la Eafit planteó a los disertantes fue: "¿Cómo construir desde las aulas una narrativa capaz de convocar la memoria y la reflexión? Es necesario convocar a la memoria, porque como madre de las musas guarda los tesoros del arte. Y es necesario convocar a la reflexión, porque nuestro país reclama un ejercicio que permita, desde el conocimiento de lo que nos ha sucedido, construir otras formas de asociación, otro pacto social en el que se redistribuyan las oportunidades y un espíritu ilustrado que guíe el accionar de los ciudadanos. Dicho de otra manera: ¿Cómo reconstruir, en y para el lenguaje, nuestros acontecimientos —recientes y pasados— para hacer de ellos forma del pensamiento y sabiduría del gesto?". Iniciando su exposición, Juan Felipe Gaviria hace referencia a cierto concurso llevado a cabo en un balneario inglés. Los concursantes debían subir a una tarima y, bajo la inquisidora mirada del jurado, comentar los siete tomos de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, en quince segundos. Cuando el primer concursante se encaramó a la tarima y comenzó a decir: "La novela de Proust trata del carácter irrevocable de nuestras experiencias, de la pérdida de la inocencia y la juventud...", fue interrumpido por el presidente del jurado, que sólo manifes-

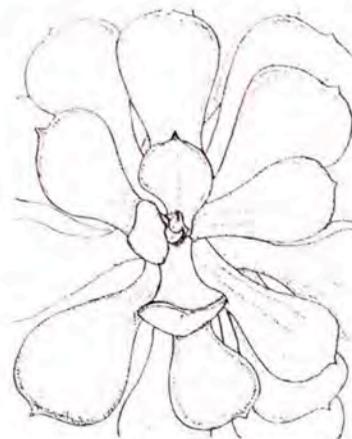
to: "Un buen intento". Quizá esto sucedería si yo misma debiera encarnarme en la tarima para contar el resumen o reseña de este libro acerca del: "Cómo reconstruir, en y para el lenguaje, nuestros acontecimientos recientes y pasados— para hacer de ellos forma del pensamiento y sabiduría del gesto? Seguramente, además sucedería que los señores participantes en el encuentro realizado en la Eafit me dirían: "Buen intento", y "buen intento" será, por cierto, la conclusión a la que, apenas, llegaré con respecto a este libro.



"La educación —continúa Gaviria— debe vacunarnos contra el virus de la trivialización; debe permitirnos asumir la complejidad de las cosas, ver los matices, reconocer las sutilezas y desechar las pretensiones inútiles de quienes creen que todo puede ser reducido a la mínima expresión". Más adelante agrega: "Debemos aprender que quienes tienen criterios profesan dudas y una infinita desconfianza hacia todos aquellos que se empeñan en resumir lo irresumible en quince segundos". Es verdad, imposible e innecesario, especialmente cuando se habla de educación, donde todo ha sido ya exageradamente, e irremediablemente dicho, resumido y disminuido a lo largo de la historia en los pueblos de Latinoamérica. Dice también el autor que la educación debe propiciar la confrontación entre personas de los más diversos orígenes sociales. Lamentando, Juan Felipe, que el primer mecanismo de exclusión se debe a que la sociedad produce in-

dividuos con cantidades desiguales de posibilidades y cultura, me animo a disentir de algún modo, pues la exclusión se ejerce desde los orígenes de la humanidad, mucho más allá quizá del concepto de sociedad; simplemente al decir que "la sociedad produce individuos que...", estos modos de la frase excluyen, provocan exclusión. En realidad hablar de confrontación de "unos que..." con "otros que no..." ya es en sí mismo excluir a ciertos unos de ciertos otros. Tal vez algunos han recibido información y otros cuentan, sólo y nada menos, con una ancestral sabiduría, la sabiduría de aquellos que se conservan en estado puro. Quizá estos mismos, por habérseles negado esas tan deseadas "posibilidades y cultura", de algún modo enriquecerían con su agudeza y sagacidad a todos aquellos otros con quienes fuesen confrontados, incluso o especialmente a aquellos que no han sido privados nunca de esas posibilidades. Que la educación debe ser igual para todos es una realidad tan contundente que no merece discutirse, pues seguir deliberando sobre el tema es seguir acatando las diferencias, seguir marcando las diferencias, seguir excluyendo, seguir nivelando para un arriba impuesto por viejas pautas. Dicho de otro modo, esa llamada desigualdad quizá es favorable para quienes se considera que tuvieron o tienen menos posibilidades de ser "educados" y, en ese intercambio, el resultado de esa confrontación no sería desfavorable para ellos, sino al contrario. Sin embargo, como toda madre, me pregunto por qué educadores que han sido educados y enseñados con las mismas posibilidades culturales y sociales son tan distintos entre sí y, en muchos casos, tan mediocres. Como madre, siempre pensé que todo educador debería asistir a un posgrado obligatorio y gratuito donde fuera reeducado para poder llegar a las nuevas cabezas que, sea cual sea la condición social, superan siempre con creces a las de sus educadores, tan contaminados de datos, fórmulas, fechas y teorías como estamos. Especialmente sucede con los

alumnos menores de siete años, que sólo preguntan, sin tener, por suerte, ninguna o muy pocas respuestas; aquellos a quienes aún no les importa la clase social y que son idénticamente sabios entre sí. Quizá ellos deberían dictar el posgrado, y disculpen la intromisión.



Para finalizar su conferencia, Juan Felipe Gaviria se refiere a ciertas propuestas y objetivos de la Universidad Eafit, y manifiesta que en realidad debería describir algunas de las propuestas o principios básicos de la universidad. Por suerte no lo hace, y elige como clave única y para "resumir lo irresumible" la magnífica propuesta de "cambiar de sueños y construir nuevos derroteros, no importa cuánta angustia toque soportar".

En cuanto a la disertación de Antanas Mockus, éste manifiesta que "estamos aprendiendo a reconocer nuestras diferencias" pero, se pregunta, ¿qué tenemos en común? Ese pensamiento mueve a pensar dos cosas: primero, que identificar nuestras diferencias es importante si eso fuera realmente el paso inmediato anterior a aceptarlas y a comenzar a ganar con esas diferencias. Quizá por eso es de esperar que la educación misma llegue a abolir la palabra diferencia o diferente, o, como sugiere Mockus, logren establecerse pistas para que desde la educación sea atacado—o mejor, se convierta en atacable— el tema de las dificultades de convivencia en Colombia. También nos habla de la "motivación al logro", o sea "una

orientación vital hacia el logro de metas que uno mismo se pone, acompañada y fortalecida por la carencia de que los resultados dependen del propio esfuerzo y su buena organización". En realidad, creo que debe causar mucho miedo ser educado como si para cada uno de nosotros todo dependiera exclusivamente de nuestro esfuerzo individual. Eso no es justo ni posible. No podemos ser tan ególatras en pensar que de sólo nuestro esfuerzo depende nuestro éxito. Pues hay un afuera del que se puede controlar muy poco. El esfuerzo propio es tan importante como ese afuera que nos es siempre ajeno. Antanas sostiene que el efecto de la "motivación al logro" nos llevaría a que, conquistada o ganada una meta, inmediatamente ésta pone en marcha otra. Creo que algo de eso es verdad, pero siempre y cuando quede claro que, si fracasamos por el entorno, lo inevitable que nos sucederá no es, no debe ser, que no tendremos ya incentivo para buscar otra meta o un mejor resultado o, mucho menos, que el único estado es la gloria, la adrenalina en su más alto índice por ir de meta en meta, de logro en logro. Quizá sea sólo que no está del todo claro para mí el concepto de Antanas Mockus. Pero creo que si fuera como se entiende a simple lectura, no sería del todo propicio como único método. Leyendo el resto del texto de Mockus, con el cual disiento casi en su totalidad, me provoca la sensación de que, sin embargo, la mejora de la convivencia sí viene por el lado al que él apunta, pero al revés. Y aquí vuelvo a los conceptos de Juan Felipe Gaviria y, como argentina, siento que sería bueno para nuestros países confrontarnos en estas cosas, las grandes y las pequeñas cuestiones, la convivencia misma entre nosotros; podríamos compartir virtudes y errores con respecto a ese afuera de Latinoamérica que tanto nos incide, pues ya se sabe que cuatro ojos ven más que dos. Una amiga panameña me contó que, estando en el aeropuerto de Buenos Aires, se dispuso a hablar por teléfono, para lo cual debía esperar su turno tras una jo-

vencita. La muchacha, que había terminado de hablar y empezaba a marcar otro número, se dio vuelta y le cedió el lugar: "Hable ahora usted, y luego hago mi segunda llamada". Nunca había observado el detalle de esa circunstancia en Buenos Aires, ni tampoco en Bogotá. Pero, según dijo mi amiga, en Bogotá la muchacha haría sus dos o tres llamadas tranquila, y uno esperaría detrás. Curiosos códigos, pensé, y esto me lleva a considerar que quizá ese no estar de acuerdo con los conceptos vertidos por Mockus está bien, porque las diferencias favorecen la confrontación, y ésta proviene de ese tipo de situaciones. No creo que se deba inculcar en nuestros hijos el ir detrás de una meta y otra y otra más, desarrollando así una conducta adictiva, pues una conducta adictiva siempre es perjudicial. Quizá pueda no ser malo en estos casos que menciona Antanas; sólo digo que es distinto, en general, en mi país, y quizá la confrontación de nuestros problemas y la forma de encararlos sería una solución para los errores cometidos. Muy de acuerdo, en cambio, con el elogio de Héctor Abad a la memoria, y su diferenciación entre "el no saber" y "el no recordar", grave mal que afecta a nuestras patrias. "Cuando encontramos un recuerdo olvidado —dice Abad—, estamos seguros de su precisión, porque algo en nuestras mentes encaja a la perfección, como dos piezas de rompecabezas en la única posición correcta". Las ideas innatas fueron negadas, entre otros, por Locke, para quien la mente es una especie de hoja en blanco, de tabla rasa. La ilustración tomó de Locke la confianza en que esa "materia pensante" que poseemos podía ser, hasta cierto punto, modelada ya no tanto por la educación como por la experiencia. La educación, insiste Abad, es la búsqueda del mejor modo en que debe transmitirse y ampliarse toda esa memoria acumulada por la humanidad a través de los milenios de su historia. Si ambos conceptos vertidos son reales, cómo saber que esa memoria acumulada por la humanidad no contiene suficientes espacios en

blanco como para, al intentar transmitirla a las nuevas cabezas, esa especie de hojas en blanco o tablas rasas, concluir transmitiendo apenas una mínima parte de la historia. Así ha sido siempre, no cabe duda, y así sucede con todo método de educación posible... Quizá por eso el resultado no sea tan feliz y, como refiere Abad, "Así como ocurren infinidad de catástrofes naturales, suceden infinidad de catástrofes culturales".



En el caso de William Ospina, sugiere cambiar el concepto de que estudio y aburrimiento son la misma cosa. Es correcto. ¿Cómo el aprendizaje puede resultar aburrido? El universo es tan rico en aprendizaje, pero cómo saber a cierta edad qué nos gustará. Hay cantidad de cosas apasionantes pero es difícil saber por qué hay que aprender también las otras. Pero no es mi opinión la que está en juego y sí la alegría que el autor nos propone como cambio. "Es sorprendente —exclama Ospina— que en estos tiempos, en que todo parece cambiar tan vertiginosamente, la educación cambia tan poco [...] mucho autoritarismo, mucho culto al libro, mucho espíritu repetitivo, mucho temor reverencial, mucho peso muerto". Para incitarnos al cambio, Ospina nos transcribe unas palabras de Nietzsche expresadas en su Zarathustra: "...Y que todos los días en que no hayamos danzado por lo menos una vez se pierdan para nosotros. Y que nos parezca falsa toda la verdad que no traiga consigo cuando menos una alegría".

No veo tan claro si estas cuatro propuestas cumplen con los requerimientos sugeridos por la Universidad Eafit, en su aniversario cuarenta, pero sí noto que es un material evidentemente propicio para polemizar, y sin ninguna duda el intercambio, la polémica y esas innumerables confrontaciones de los autores con otros especialistas lograrán la pequeña aproximación a una narrativa, que sugiere la Eafit, capaz de convocar a la luz y la reflexión.

SILVIA MIGUENS

## ¿Organizar el orden, ordenar el caos?

**De viajes, viajeros y laberintos. Innovaciones educativas y culturales contemporáneas**

Juan Francisco Aguilar Soto  
Instituto de Investigaciones en Innovaciones Educativas (Innove),  
Instituto de Investigación y Desarrollo Pedagógico (Idep), Bogotá, 1998.  
148 págs.

### I

Quizás aún recuerde esos días eternos, con sus mañanas frías, sentado en una dura silla de madera, escuchando a un señor o a una señora —eso era lo menos importante—, que gesticulaba cómicamente sin que se le escuchara palabra alguna. Como cuando uno presiona el botón de *mute* en el control remoto del televisor y los actores mueven la boca y se ríen, con movimientos vacíos, carentes de sentido.

Quizá no tenga ese recuerdo, aunque de seguro uno de sus momentos favoritos era el del recreo. Otro momento era el de la salida. Los días de colegio.

Qué tan fresca tenga en la memoria esta época es una ventaja. No tanto por su capacidad mnemotécnica ni porque lo acerca a sus vivencias de adolescente impúber, sino más bien

por la capacidad de comprensión que pueda tener al leer el libro del investigador Juan Francisco Aguilar Soto, sobre innovaciones educativas y culturales contemporáneas.

Es una investigación que no sólo diagnostica el estado de la educación colombiana, sino que también salta al ruedo con una propuesta no nueva (de lo nuevo y original cabe desconfiar) pero sí audaz, diferente.

### II

El pasado mes de abril, los maestros de Colombia armaron alboroto durante varios días por el plan de desarrollo propuesto por el gobierno ¿A qué le temerían tanto los maestros? ¿Sería cierto que creían que se iba a privatizar la educación pública, o más bien les daba miedo la evaluación a la que serían sometidos?



En los periódicos del 23 de junio de 1999 se lee todavía que los maestros se resisten a ser evaluados, y están corriendo la voz de no asistir el día de la evaluación.

Cuando se pertenece a una institución como la de la educación, que ha dado muestras de no tener la capacidad para acoplarse y fluir con los cambios que la sociedad ha sufrido en los últimos tiempos, muchos de estos cambios de la mano de la tecnología tienden a afianzarse aún más a los patrones tradicionales. Cuando la velocidad del tiempo actual supera y deja sin aliento a muchos, se tiende a profesar la petrificación y la quietud.

El mundo ha cambiado mucho. Desde la segunda guerra mundial, desde la invención del televisor, desde la radio, desde ayer, ¡desde siempre!, el mundo ha cambiado. Desde Heraclito el mundo está en constante flujo, cambio continuo, cambio inalterable. Pero el mundo también es el mismo desde siempre, desde antes, desde Parménides.

Esta es la discusión principal a la que se dedica el autor: tradición frente a innovación; conservadurismo frente a revolución; cambio frente a permanencia. Pero la virtud de Aguilar Soto es que es un investigador, y está enterado de las tendencias culturales contemporáneas. Sabe de los cambios que la cultura contemporánea ha tenido, y de las nuevas maneras de conocer, de saber y de aprehender el mundo. El autor sabe que, aunque algo permanece en medio del cambio, la apariencia de cambio reina.

### III

En el libro *El medio es el masaje*, Marshall Mc. Luhan marca una época al afirmar que una cultura no se define tanto por lo que comunica, sino por la forma en que lo hace. El medio es lo importante, no tanto el qué, sino el cómo.

Pues bien: para el autor de *De viajes, viajeros y laberintos* sucede lo mismo. El contenido de la educación no marca tanto la diferencia. El que los alumnos dominen las últimas teorías cuánticas de la física y los teoremas matemáticos de la incompletitud no es lo primordial. Lo primordial es, más bien, cómo ese conocimiento o cualquier conocimiento se comparte, se comunica.

Los cambios que la cultura ha venido sufriendo con creciente aceleración desde los últimos años influyen esencialmente en la juventud. Cambios como los que comenzaron con la televisión y continuaron con los computadores y los videojuegos y siguen ahora con la internet y los juegos de simulación, transforman la manera de percibir el mundo.

La ciencia que estudia la forma de conocer, la epistemología, debe ser